

Primera parte

CRÓNICA

Capítulo I

Crónica de mis experiencias después del sismo (grupos amplios y pequeños)

Rosa Döring

1. Introducción

En la siguiente crónica, realizada en los días posteriores al terremoto que asolara la ciudad de México, en septiembre de 1985, la autora hace algunas reflexiones personales y narra a su vez, la manera como fue integrándose al trabajo comunitario, donde se le conoció como *Rosa la voluntaria*. Más adelante, describe sus experiencias como terapeuta, en intervenciones más especializadas que desembocaron en la preparación de un amplio grupo de Promotores de salud mental, al que entrenó durante cuatro meses.

Las intervenciones que se describen fueron realizadas en un albergue ubicado en la colonia Peralvillo; un hospital de Petróleos Mexicanos y con tres grupos diversos: médicos sobrevivientes, de dos hospitales derrumbados por el sismo; un grupo de voluntarios, y un grupo de brigadistas que cayeron en crisis.

2. El temblor

Jueves 19 de septiembre. Por la mañana, al salir de casa me doy cuenta que está temblando y continúo mis actividades segura de que sólo se trata de un temblor más... Al bajar a la ciudad-vivo en el Ajusco¹ - escucho las noticias por la radio, dicen que el temblor fue grave: hubo derrumbes, incendios y evacuaciones. "No es verdad -pienso-, es un concurso para ver quién dice cosas más espantosas. No lo creo".

A la hora de la comida, todos reunidos, intercambiamos noticias y me doy cuenta de la verdadera situación.

¹ En los suburbios de la ciudad, en el cerro del Ajusco.

Tengo toda la tarde ocupada en el consultorio pero asisto inútilmente: tres pacientes cancelaron, otros tres vinieron a consulta y los demás no dieron señales de vida.

A cada momento me angustio más y llamo a Marco Antonio Dupont para preguntarle ¿qué sabe? ¿Qué ha oído? Y sobre todo ¿qué podemos hacer? Quiero hacer algo -le digo-, pero no sé qué. Él me dice: "Creo que es el momento de esperar, quizá después podamos ayudar".

Viernes 20 de septiembre. Mi hijo pequeño tiene un enorme absceso arriba de un diente y trató de conseguir un dentista para que lo atienda... La búsqueda fue desesperante; la mitad de los odontólogos no trabajaron; otros no tenían luz, agua o teléfono. Me doy cuenta que la ciudad no tiene recursos, todo es confusión...

Esa tarde, en mi barrio, se hace una colecta de comida y ropa y yo decido entregar una parte de lo reunido en la Cruz Roja. Me acompañan mis dos hijas. Nos encontramos en la puerta del consultorio a las 7:15 p.m. y allí nos sorprende el segundo temblor... El coche está repleto de cosas: comida perecedera; ropa; medicamentos. Dudamos qué hacer... "ahora más que nunca hay que meter las manos". Hicimos un recorrido de seis horas por la ciudad. Había mucha gente en las calles, sobre todo cerca de Ciudad Universitaria. Allí, mi hija de 17 años, se puso de acuerdo con los guardias para ir a remover escombros, al día siguiente. Más tarde fuimos a la Clínica 8 del Seguro Social a ofrecer ayuda pero ya tenían suficiente personal.

Vimos mucha gente angustiada que había salido de su casa después del segundo temblor y trataba de instalarse quizá en las casas de sus parientes. Esa noche, en la Cruz Roja, vimos muchos voluntarios ayudando, niños como de once años que acarreaban hielo, agua; acomodaban y clasificaban ropa. Era extraordinario el movimiento y el compañerismo que había en todos lados. Yo estaba atónita, pues hacía mucho tiempo que no tenía la impresión de que el Distrito Federal estuviera habitado realmente por humanos.

Volvemos a la casa en la madrugada y tengo sentimientos encontrados: por una parte estoy fascinada por la respuesta de los ciudadanos y por la otra, tengo mucho miedo y admito que las cosas están graves y que van a seguir peor por largos meses...

Sábado 21 de septiembre. Junto con Daniela González H. hice un recorrido por el sur de la ciudad, para ofrecer nuestros servicios. Por fin, al mediodía, en la casa de Colonos de Tlalpan nos hicieron una ficha de identificación, nos prometieron trabajo y nos formaron con una brigada que salía enseguida para Tlatelolco. El miedo que sentí

en ese momento, la gran angustia y responsabilidad, me hicieron decirle a la encargada: "No quiero trabajar enseguida, regresaré después, tengo que prevenir a mi familia..."

Me tomó cerca de dos horas hacerme a la idea de que voy a hacer algo que desconozco, que podría ser peligroso, pero que además tengo que hacerlo. No puedo permanecer en la casa, donde me siento aislada; necesito cooperar de alguna manera... Regreso a Tlalpan y me dicen: "Fórmate en la cola, sales con la próxima brigada para un albergue en Peralvillo". Otra vez, como la noche anterior, veo solidaridad y compañerismo. Todos nos tuteamos, estamos asustados y necesitamos este calor humano que se produce al compartir la angustia y el miedo...

3. Albergue en Peralvillo

En una camioneta con insignias de la Cruz Roja, cruzamos la ciudad. Pasamos sobre Tlatelolco, veo los primeros derrumbes, cruzamos el Eje Central, veo las calles levantadas; en las banquetas hay personas instaladas en el exterior de sus pequeñas viviendas, con unos pocos enseres a la intemperie, niños espantados, señoras que lloran, hombres que acarrean cubetas para todos lados... Por fin, llegamos al albergue donde yo, como *Rosa la voluntaria*, me encargo, junto con Dolores Chamorro (una chilena que conocí allí) de un dormitorio con unas cincuenta personas: digamos 22 adultos y 28 niños.

Dolores y yo, casi sin ponernos de acuerdo, nos dedicamos en primera instancia, a racionar pañales y papel sanitario, explicamos dónde está el baño y organizamos la distribución del espacio.

Los damnificados habían llevado colchones y algunas cobijas. Eran personas que habían pasado dos noches a la intemperie. Entre ellos había tres bebés, enfermos de los bronquios. Estaba instalado el Servicio Médico, había muchas enfermeras y una *cola* para entrar a consulta. Todos estaban ansiosos, algunos, muy deprimidos durmieron desde las cuatro de la tarde. Dolores permanecía cerca de la puerta para recibir instrucciones y yo más al fondo de la habitación. Sin pensarlo dije: "¡Vamos a jugar a la rueda!" Empecé a aplaudir, algunos se aproximaron. ¿Cuál es ese juego de la rueda? Pues nos sentamos, estamos en rueda, nos vemos las caras, decimos nuestros nombres, cómo nos sentimos, qué nos preocupa, qué nos da miedo y qué necesitamos... Esta rueda duró 80 minutos y tal vez unas 22 personas, participaron; algunas entraban y salían... Como a las 6 de la tarde algunos se rehusaron a tomar el baño porque el agua estaba fría. Explicamos que no era justo que unas personas se bañaran y otras no, puesto que

iban a convivir juntos muchos días, debían respetar la necesidad del grupo, más que la individual. Curiosamente había mucha ropa europea: vestidos escoceses, holandeses que habían llegado de una colonia de la clase alta mexicana. La gente elegía su ropa nueva y de ahí pasaba directamente a la regadera. Conseguimos con esfuerzo que todos se bañaran.

Cuando llegó la hora de la cena -como el albergue estaba en una escuela, había mesitas y sillitas. Se improvisó una especie de restaurante. Teníamos un solo foco en el gran cuarto y ahí, bajo la luz, se sirvió la cena en dos turnos: primero los niños y luego los mayores.

Por fin distribuimos la comida y tuvimos mucha vigilancia para que no se llevaran alimentos bajo sus ropas, explicamos de los riesgos de las hormigas y las cucarachas y les pedimos que tuvieran confianza, pues había comida para muchos días, por lo que insistimos que no la guardaran y tomaran sólo lo necesario.

Después de la cena se inquietaron, preguntaban si habría más temblores; si era cierto que venía el peor; si podrían salir a sus trabajos, si sus parientes los iban a encontrar, etc.

Más tarde ayudamos en la distribución y almacenamiento de la comida. Atendimos a los brigadistas que venían por las cosas que nos sobraban y que a ellos les faltaban. Como a las 11 de la noche, decidimos retirarnos pues otras personas nos iban a reemplazar. Antes de irnos, explicamos al encargado del albergue de lo útil que sería dar a coser la ropa a las señoras que no hacían nada, así como conseguir pintura y brochas para cuatro hombres, que voluntariamente se ofrecieran para pintar los muros del albergue.

Volvimos en un camión de la Cruz Roja, pasamos por barrios oscuros, donde parecía que había caído una bomba. Yo me sentía absurdamente protegida por la Cruz Roja, no obstante que atravesamos lugares que ahora lo pienso eran muy peligrosos.

Esa noche, mientras trataba de dormir pensé que mi actuación había tenido algo que ver con terapia breve de emergencia; con medidas de higiene y con terapia ocupacional. Después comprendí algo que había sido importante: la lucha que hicimos contra la formalidad y el anonimato (al jugar a la rueda y pedir que dijeran su nombre). En otros albergues, en cambio, y sobre los que tuve conocimiento posteriormente, las personas que llevaban varias semanas de convivencia no sabían entre sí sus nombres y seguían refiriéndose a ellos como "la señora a la que se le murieron sus dos hijos"; "el señor que no encuentra a la esposa"; "la que estuvo enterrada".

Domingo 22 de septiembre. Quería estar con la familia y necesitaba algo especial, no sabía exactamente qué, algo que me pudiera reconfortar y me permitiera "tomar distancia"... Inventé un recurso que me

fue útil otros fines de la semana; la Verdoterapia, es decir, tomar la carretera federal a Cuernavaca y recorrerla en el auto. La vida existía todavía, y sobre todo tranquilizaba la naturaleza: cerros y montañas inmóviles.

4. La colonia Roma

Para las siete de la noche, volví otra vez a sentir la necesidad de hacer algo y me encontré a unos amigos que buscaban a sus parientes que vivían en esta colonia y de los cuales no sabían el destino. Hicimos una larga caminata y cuando pasaba por los campamentos médicos que estaban en el centro de la calle y trataba de reconocer la zona, me di cuenta que ya no existían las referencias habituales, casi no se podían distinguir las calles. De alguna manera, todos habíamos perdido parte de nuestra identidad. La ciudad ya no era la misma, no se podían encontrar lugares conocidos; los edificios parecían despistarnos.

Estuvimos en los escombros de la *Plaza Río de Janeiro*, en el *multi-familiar Benito Juárez*. Hablamos con muchos soldados que, al no estar en una acción represiva, tenían los rostros casi bondadosos, que nunca antes les había visto. Después de una caminata por la zona, donde todo era silencio, miedo y angustia, regresamos sin haber encontrado la casa que buscábamos.

Lunes 23 de septiembre. Estoy en el consultorio casi todo el tiempo, pienso que si alguien hace el enorme esfuerzo de asistir a su sesión tengo que estar ahí, pero muchos pacientes se ausentan... Me entra la angustia de los amigos que no he visto últimamente. ¿Qué les pasó? ¿Qué están haciendo? ¿Cómo se sienten?, y aprovecho para hablar telefónicamente con algunos.

Creo que escuché por la radio el mensaje que más me aterrorizó, decía más o menos así: "Todos los que tengan que reclamar los cadáveres de sus familiares pueden presentarse en las siguientes direcciones: (indicaban cuatro sitios en diferentes puntos de la ciudad y daban dos horas como máximo para reconocer a los muertos). El locutor insistía: no hay bastante formol, no los podemos conservar, hay peligro de una epidemia. Los que no sean identificados y recogidos serán incinerados o sepultados en la fosa común". Esta noticia representa la angustia espantosa de todas las personas que existían alrededor de cada uno de los muertos sepultados o cremados sin identificación. Imaginé a las familias cuyos desaparecidos se convertían ahora en fantasmas. ¿Volverá o desapareció definitivamente? Muchos negaban la muerte e inventaban casos de amnesia y los buscarían en los hospitales... Pensaba que esto era mucho peor, que encontrar el cadáver y sepultario personalmente.

Miércoles 25 de septiembre. Como no había clases, mi hijo Aldo de 6 años me acompañó al mercado e invitó a los dos niños que habían cargado las canastas para que vinieran a jugar a la casa. Los pequeños pasaron el día entero en casa y cuando llegué a comer, vi que Aldo los había bañado ¡Habían conocido la regadera de agua caliente y les había regalado ropa! Fue esta la manera como él se incluyó también en la tarea de cooperar o acercarse a otros niños que poseían menos que él.

5. La Ampag²

Por suerte, esa semana la AMPAG había hecho ya una reunión de emergencia donde se había formado una lista de terapeutas voluntarios, que se ponían a disposición de la comunidad ofreciendo servicio gratuito.

Sábado 28 de septiembre. Trabajé con José Luis González y Jorge Margolis en un grupo que respondió al llamado de AMPAG. Había 18 personas, la mayoría llegaron casi paralizadas. Eran sobre todo psicólogos que querían hablar de sus sentimientos de culpa, pues a pesar de ser jefas de personal, orientadoras, etc., se habían declarado enfermas y ni siquiera habían sido capaces de llegar a su lugar de trabajo. Venían a hablarnos de sus carencias; de la falta de instrumentos psicológicos para atender una situación parecida; hablaban de su propio miedo; de sus pesadillas; de su impotencia; de su falta de conocimientos; del pánico a enloquecer. Tuvimos con ellos una sesión de cuatro horas.

A la hora de la comida tuvimos una entrevista con María Eugenia Linares, de la UNICEF³, nos proponía la formación de un grupo voluntario de promotores de salud mental para trabajar en diferentes albergues o campamentos y a quienes, en un corto plazo, deberíamos preparar para coordinar a su vez grupos y supervisar su trabajo durante cuatro meses.

Después llegaron actores de un teatro independiente quienes querían usar técnicas de psicodrama en diferentes albergues. Tuvimos una larga entrevista, les explicamos lo que podrían hacer.

Fue una jornada en la que otra vez me sentía terapeuta para funcionar ante la emergencia y contenta porque la propuesta de la UNICEF se podía programar y pensar de antemano; no como otros grupos, que tuve que pensar *a posteriori*.

2 Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C.

3 United Nations Children's Fund.

6. Hospital de Pemex en Atzacapotzalco

Viernes 4 de octubre. Tere Campuzano nos lleva a Alicia Ramos y a mí al Hospital Pemex-Atzacapotzalco. Nos presentan y vamos a un salón. Hay una mesa con micrófono y ante mí unas 70 personas todas vestidas de blanco: el jefe de enseñanza médica, los R1, R2 y R3 enfermeras y trabajadoras sociales.

Jorge Angulo, quien es mi coterapeuta, y yo, pensamos que va a ser casi imposible trabajar con un grupo tan grande. En fin todos a sus sillas... no quiero saber nada del micrófono, ni de la meseta. Lo único que se me ocurre es elegir a 16 personas que se presten para realizar una experiencia de *role-playing*, en un pequeño grupo sobre el estrado y que puede ser visto por los demás. Me descalzo, me siento en el suelo y les explico que no van a hablar desde sí mismos, sino desde algún personaje, es decir desde alguien que conozcan y que les haya impactado con su relato en estos últimos días.

Empieza el simulacro de grupo y directamente les pregunto: ¿Cómo les fue en el temblor? ¿Qué sintieron? ¿Que hicieron? Todos los que están atrás, en el público guardan silencio.

Escuchamos varios relatos: el de una secretaria que iba al trabajo; las desviaciones que sufrió su autobús, todo lo que vio, el pánico que sintió... hoy está llena de erupciones, tiene insomnio y una gastritis espantosa.

Había una ama de casa que se fue a la provincia con sus padres abandonando aquí a sus dos hijos pequeños- porque sentía que se volvía loca. Después volvió al Distrito Federal porque tampoco en la provincia pudo estar en paz. Hubo otras descripciones de *somatizaciones*, algunos habían perdido pelo y casi todos dijeron tener un insomnio generalizado, al estilo de *neurosis traumática*.

Uno de los médicos cercanos pregunta: "Yo que soy un recién nacido, ¿puedo hablar?" Cuenta de su corta vida, nació 48 horas antes del temblor, apenas conoció a su madre y con el derrumbe permaneció bajo los escombros tres días. Todavía fue rescatado con vida y metido en una ambulancia en cuyo trayecto, antes de llegar al hospital, para darle asistencia, murió.

Los relatos han sido muy emotivos, la gente está realmente metida en la experiencia, muchos lloran (dentro del grupo y en el público).

De pronto un joven empieza a tocar fuertemente en una puerta imaginaria diciendo: "Por favor, si están hablando del temblor, dejenme entrar, déjenme entrar". Lo invitamos a subir y comienza su relato: estaba en el Hospital Juárez tomando clase de Nefrología, con un maestro muy querido. Describe a las nueve personas que estaban cuando empezó el temblor y nos cuenta cómo fue la sacudida, quiénes corrie-

ron primero, quiénes quedaron atrapados y el maestro que insistía: "No se muevan, no va a pasar nada". Él sabía, desde meses atrás, que el edificio no era fuerte, tuvo pánico y muy pronto se vio atrapado bajo los escombros por varias horas, en las cuales su maestro quedó pegado a su cuerpo, los dos sin movimiento y se dio cuenta de que el profesor había muerto pero no lo podía mover, ni quitárselo de encima. Podía escuchar otras voces y reconocer a otras personas. Varias horas después, el mismo jueves -ya fuera de los escombros- había pasado tubos de oxígeno a las personas que estaban atrapadas entre las varillas y losas pesadas. Les pasó oxígeno y permaneció cerca de ahí por varias horas, para esperar su salida; pero ellos no salieron con vida. Habló de la culpa que sintió; de su impotencia; de la necesidad de ver a su familia; de su viaje a Puebla, para avisarles que estaba vivo. Al día siguiente regresó a la ciudad de México, en la terminal de camiones se da cuenta que no puede más y les habla a unos amigos para que lo vengán a recoger, pues no se atreve a tomar un taxi; ni se siente capaz de dar su dirección ni de moverse solo. (Yo misma me pregunté si el joven está hablando de sí mismo o desde su personaje.)

Para entonces, el tiempo límite para el ejercicio -y que no podíamos rebasar- había terminado hacia 20 minutos...

Dimos por terminado el modelo de grupo y Jorge Angulo y yo empezamos a explicar, brevemente la importancia de hablar y compartir las emociones, la necesidad de poderlas nombrar y diferenciar, especialmente en estos días difíciles. Explicamos la fuerza que puede tener un grupo y el mejor ejemplo fue que, alguien que estaba fuera de él, se vio en la necesidad imperiosa de incluirse en el mismo que habíamos formado. Dijimos que estábamos en un momento en que la formación (psicólogos, psiquiatras o médicos) es lo menos importante, que si pensábamos conjuntamente, tal vez podríamos ayudar a la población. Hicimos referencia a las *somatizaciones* que se habían presentado en el grupo del estrado y a la necesidad de tener cierto contacto físico en estos días.

Jorge Angulo explica la necesidad que tiene el médico para cubrirse con una *córraza* para *no sentir*, misma que ahora ya no es tan efectiva cuando la angustia es tan fuerte, que ha invadido a todos, médicos y enfermos. Dijimos que como el temblor fue vivido en grupo, la mejor manera de elaborarlo era también en grupo. Respondimos a las preguntas y cuando nos retiramos, se acercaron varias personas para hablar de sus verdaderos síntomas actuales y preguntar: ¿Qué pasaría y cómo lo iban a resolver? Si posteriormente volverían a dormir, si no podrían enloquecer.

Ruth, la jefa de trabajo social, me llama cuatro días después, diciendo que las personas con las que trabajamos deseaban otra nueva intervención y que les había impresionado mucho el ejemplo *de bulto* que habíamos hecho sobre los grupos; la psicoterapia, y la función del psicólogo en estos momentos. Desgraciadamente, no pudimos tener un segundo encuentro en este hospital.

7. Médicos supervivientes de los hospitales Juárez y General

Miércoles 9 de octubre. Jorge Margolis me telefonó para decirme que hay un trabajo extraordinario en Ciudad Universitaria. Yo debía hablar con el doctor Salgado del Departamento de Salud Mental, en la Facultad de Medicina, quien informa que tendrá una reunión con 190 médicos o casi médicos supervivientes del Hospital Juárez y del General. Él necesita que AMPAG o algunas personas lo auxilien. Yo me pongo a la búsqueda de otros coterapeutas y nadie puede acompañarme; de cualquier forma decido asistir. El miércoles en la noche sé que voy a trabajar con el doctor Salgado, la doctora Saltzman y una trabajadora social chilena, Mónica Borquez. Me explica el doctor Salgado que piensa dar una especie de clase en la que hablará de la *neurosis traumática* y que después haremos subgrupos para tratar de conseguir una catarsis de los muchachos. Yo propongo que invirtamos el orden, que no tratemos de pensar, ni de transmitir conocimientos mientras no hayamos dado un espacio para que las personas hablen de su situación emocional. Él está de acuerdo.

Jueves 11 de octubre. Salgo temprano hacia el Instituto de Biología. Estoy literalmente *muerta* de miedo; considero que ésta va a ser una de las intervenciones más difíciles, tendré que trabajar con tres personas que aún no conozco. Nos encontramos a las 10 de la mañana y para mi sorpresa, efectivamente hay 190 personas que nos están esperando en un hermoso lugar, junto al jardín botánico.

En completo silencio esperan algo de nosotros. Rápidamente los dividimos en 4 subgrupos. Trabajo con un grupo de 40 personas. Formamos en el estrado un gran círculo todos en el piso, y empieza la serie de narraciones parecidas a las otras que había escuchado: la tierra; los escombros; la lucha contra el reloj; la bajada precipitada de escaleras que se venían abajo. Aparecen además, relatos de enormes fugas de agua; tanques de oxígeno que hacían casi imposible la visibilidad; gritos de los heridos y los enfermos que quedaban atrapados o que era muy difícil reencontrar... Aunque ninguna de las personas que estaban conmigo habían quedado atrapadas en los escombros -en el mo-

mento del sismo habían salido a tomar algún alimento o estaban por entrar al hospital; hubo realmente relatos escalofriantes, donde todo resultaba verdaderamente complicado y el nivel de frustración y la impotencia para hacer algo efectivo fue muy impresionante. Una joven doctora de 21 o 22 años, relata que fue trasladada a muchos lugares y pasó tres días y dos noches sin dormir, y sin ir a su casa. Sólo se reportaba telefónicamente a casa de sus parientes. Otro joven médico dice que estuvo en el centro de la ciudad, al lado de una guardería donde estaba enterrada una mujer y 40 niños atrapados. Él esperó 6 o 7 horas para dar ayuda a los que vinieran saliendo, pero nadie salía y las voces eran cada vez más lejanas. Siete horas al lado de una montaña de piedras, abajo 40 niños, y sin poder hacer nada. No obstante que había cientos de personas tratando de ayudar, sólo se oían gritos, cada vez menos y cada vez más lejos...

Después de dos horas de trabajo con este subgrupo se acabó el límite y entraron al auditorio Diana, Mónica y Gilberto con los otros tres subgrupos. Todo el mundo se sentó y Gilberto dio una plática con diapositivas de gráficas hechas en Estados Unidos respecto a los síntomas habituales de las personas que están en el área de desastres. Hubo mucha participación del público y espontáneamente los cuatro coordinadores, estuvimos dando las respuestas que nos parecían pertinentes. Todo el tiempo aludíamos al tipo de trabajo que ellos encontrarían; a las diferentes situaciones *somáticas* que pueden aparecer en sus pacientes, ahora más que antes de origen psicológico.

Les pedimos que tomaran en cuenta lo que sucedió a cada paciente con el temblor. También les explicamos la importancia de no recetar medicamentos indiscriminadamente y no poner a los pacientes a dormir, a no pensar y a no sentir, pues estos fármacos funcionan como una bomba de tiempo. Cerca de las dos de la tarde, nos despedimos y compartimos brevemente nuestras experiencias y recordamos al grupo que la próxima reunión tendría lugar a la mañana siguiente a las 10 en el mismo lugar.

Me enteré que a esta primera cita habían acudido con la creencia de que pasaría lista y con la esperanza de que se decidiera su destino en cuanto a dónde y cómo seguir su formación médica. Esto realmente, para muchos, había sido una sorpresa, puesto que con esta sesión no resolvieron sus problemas académicos. Yo pensé entonces que el grupo se reduciría enormemente, a menos que hubiéramos creado un gran interés por el trabajo psicológico.

Viernes 12 de Octubre. Llegué al mismo lugar y para mi sorpresa teníamos 140 personas que venían por segunda vez una a un grupo de ventilación, de contención o a un grupo que, de alguna manera, sentían que les había hecho bien.

Formamos cuatro subgrupos, y el que yo coordiné fue mucho más emotivo que el día anterior; hubo mayor sinceridad y llanto, relatos nuevos y una gran interrelación. Pero después de hablar de todas las pérdidas, se pasó a una situación de evaluación individual: "Aparte de lo que hemos perdido, ¿qué es lo que todavía nos queda?" ¿Qué podemos hacer de ahora en adelante? A partir de este momento el trabajo fue realmente positivo: trataron de hacer evaluaciones y consideraciones respecto a su situación. ¿Cómo seguir la trayectoria para ser médicos? ¿Cómo salvar sus vidas o proteger a las futuras generaciones de médicos? ¿Qué condiciones de seguridad pedirán de ahora en adelante? Se planteaban, por ejemplo, si los hospitales funcionarían en el caso de que no hubiera residentes o enfermeras que son los que realmente hacen un hospital.⁴

Se profundizaron las situaciones emotivas con la capacidad *yónica* de cuestionar la autoridad y planear en forma realista, estando siempre alertas a lo que hubiera sido una reacción paranoide al tratar de culpar a alguien. Explicamos también, acerca de lo destructivo y lo desgastante que resultaba el rumor y aconsejamos que no divulgaran información que no fuera verificable o verdadera. Dijimos igualmente, que trataran de graduar sus actividades, según lo que cada uno podía hacer realmente y aceptar las limitaciones que tuvieran: que cada quien se hiciera responsable para decidir cuánto tiempo tiene que estar dentro de la problemática y cuánto necesita estar *afuera*, para cuidar su propia salud mental.

Después regresaron los otros tres subgrupos y sus coordinadores al auditorio y Mónica les dio una brillante conferencia de *Tanatología*. Mostró transparencias muy bellas (la mayoría de Hieronimus Bosch) y habló de la muerte. La muerte de los órganos; la muerte física, la muerte espiritual; la muerte psicológica; el sentido de la muerte; la muerte frente a la vida; el médico frente a la muerte; la necesidad o la dificultad; lo positivo o negativo de avisar a un paciente cuando esta por morir; de las diferentes situaciones frente a distintas enfermedades... Mónica hacía énfasis en que estas decisiones tendrían que tomarse haciendo una evaluación de la actitud -que el que va a morir- ha tenido frente a la vida y recalcaba asimismo, que no se pueden hacer generalizaciones con respecto a este dilema tan importante para las personas y para los médicos, en particular.

Más adelante tuvimos suficiente tiempo para las preguntas y otra vez, los coordinadores haciendo uso, mucho más de nuestro sentido común,

4 Analizamos el conflicto entre lo instituido y lo instituyente.

que de nuestro esquema referencial operativo, respondimos a todas las interrogantes.² Fuimos bastante acordes en lo que dijimos y pienso que el grupo salió satisfecho.

No obstante que estaba satisfecha del trabajo, en el trayecto de Ciudad Universitaria al AMPAG, donde a las 4 empezaba con un grupo que veía con Dupont los viernes, me di cuenta que no podía escuchar la radio, ni pensar en nada distinto a los relatos que había oído estos últimos días. Como diapositivas, me aparecían imágenes conmovedoras, que se atropellaban las unas con las otras.

Este viernes iba yo a trabajar sola. Dupont estaba fuera de México y me tranquilicé al pensar que irían Celia Díaz de Mathman y Adela Jinich pues me preguntaba: ¿Y si me vuelvo loca, si de pronto me *desconecto* y ya no estoy allí? Tenía una gran opresión en el pecho y pensaba: ¿Qué se sentirá antes de tener un infarto? ¿Cuánta angustia se puede realmente contener...

Comí sola y poco a poco, me fui tranquilizando, trataba de imaginar qué haría el día siguiente si es que llegaba. Recordé que había un festival de Charles Chaplin y me dije: "tal vez la *risoterapia* pueda ayudarme".

Esa tarde, en AMPAG, trabajé a duras penas...

Al día siguiente, mientras veía a Chaplin, estuve carcajeándome toda la tarde con la familia. Esto resultó muy positivo y fue una experiencia que repetí varias veces, en los momentos cuando pensaba: "Ya no puedo más, tengo que retirarme", pues como dije antes, en esa época sabía que el descanso y el sueño eran fáciles de conseguir y tuve que reconocerme como una terapeuta que se hallaba en crisis, frente a una gran crisis.

Algo que también me ayudaba mucho era reunirme con mis hijas: La mayor, de 22 años, casi siempre, trabajaba en discusiones, asambleas y en el reparto de comida, al lado de las costureras. Estuvo varias noches haciendo guardia con ellas, en la espera de los cadáveres o en la vigilancia que se hacía para que los propietarios no sacaran sus máquinas. La pequeña, de 17, trabajó primero en los escombros, en el reparto de hielo seco para conservación de cadáveres. Después, sirvió como intérprete de los expertos franceses que trabajaban en los edificios derruidos.

Me sentía orgullosa de ambas pero temía que tuvieran algún problema grave; pero tampoco podía pedirles que no hicieran esos trabajos.

2. S. H. Foulkes en su artículo "Problemas del grupo amplio desde el punto de vista grupal analítico" decía que el tratamiento de grupo significa aplicar el sentido común.

que de nuestro esquema referencial operativo, respondimos a todas las interrogantes.² Fuimos bastante acordes en lo que dijimos y pienso que el grupo salió satisfecho.

No obstante que estaba satisfecha del trabajo, en el trayecto de Ciudad Universitaria al AMPAG, donde a las 4 empezaba con un grupo que veía con Dupont los viernes, me di cuenta que no podía escuchar la radio, ni pensar en nada distinto a los relatos que había oído estos últimos días. Como diapositivas, me aparecían imágenes conmovedoras, que se atropellaban las unas con las otras.

Este viernes iba yo a trabajar sola. Dupont estaba fuera de México y me tranquilicé al pensar que irían Celia Díaz de Mathman y Adela Jinič pues me preguntaba: ¿Y si me vuelvo loca, si de pronto me *desconecto* y ya no estoy allí? Tenía una gran opresión en el pecho y pensaba: ¿Qué se sentirá antes de tener un infarto? ¿Cuánta angustia se puede realmente contener...

Comí sola y poco a poco, me fui tranquilizando, trataba de imaginar qué haría el día siguiente si es que llegaba. Recordé que había un festival de Charles Chaplin y me dije: "tal vez la *risoterapia* pueda ayudarme".

Esa tarde, en AMPAG, trabajé a duras penas...

Al día siguiente, mientras veía a Chaplin, estuve carcajeándome toda la tarde con la familia. Esto resultó muy positivo y fue una experiencia que repetí varias veces, en los momentos cuando pensaba: "Ya no puedo más, tengo que retirarme", pues como dije antes, en esa época sabía que el descanso y el sueño eran fáciles de conseguir y tuve que reconocerme como una terapeuta que se hallaba en crisis, frente a una gran crisis.

Algo que también me ayudaba mucho era reunirme con mis hijas: La mayor, de 22 años, casi siempre, trabajaba en discusiones, asambleas y en el reparto de comida, al lado de las costureras. Estuvo varias noches haciendo guardia con ellas, en la espera de los cadáveres o en la vigilancia que se hacía para que los propietarios no sacaran sus máquinas. La pequeña, de 17, trabajó primero en los escombros, en el reparto de hielo seco para conservación de cadáveres. Después, sirvió como intérprete de los expertos franceses que trabajaban en los edificios derruidos.

Me sentía orgullosa de ambas pero temía que tuvieran algún problema grave; pero tampoco podía pedirles que no hicieran esos trabajos.

2. S. H. Foulkes en su artículo "Problemas del grupo amplio desde el punto de vista grupal analítico" decía que el tratamiento de grupo significa aplicar el sentido común.

Me gustaba compartir con ellas actividades que, de alguna manera, nos resultaban emergentes y necesarias, aunque también peligrosas. Las tres hablábamos mucho e intercambiamos lo que sabíamos, lo que veíamos, lo que sentíamos, lo que pensábamos ante las alternativas que se presentaban en los diferentes momentos. Algunas podían resolverse; otras, se agravaban.

En la consulta privada, los pacientes se referían constantemente a sus amigos perdidos; a mudanzas; a los edificios que ya no estaban; a todo lo que cada uno había perdido. Hasta el día 57 después del temblor, no tuve ninguna sesión grupal en la que no se hablara del sismo. Durante esos dos meses en todas las sesiones siempre hablamos del temblor.

En las semanas que siguieron, tres de mis pacientes estuvieron al borde del suicidio y varias veces tuve que cerrar la sesión con la pregunta: ¿Estás seguro(a) de que puedes cuidarte solo(a) hasta la próxima sesión? Por primera vez pensé en la posibilidad-necesidad de tener que hospitalizar a alguien.

En aquellas primeras semanas todo era confuso en mi mente. Mi reloj estaba descompuesto. Había periodos que parecían pasar rápidamente; otros, en cámara lenta. Ninguno tenía relación con el calendario ni con el reloj. Lo que me sorprendía y hasta cierto punto me desagradaba era que a pesar de estar muy cansada me resultaba muy difícil dormir.

Mis pacientes estaban muy mal, algunos trataban de tomar decisiones precipitadas; otros se habían paralizado (incluso muscularmente) y todos exigían atención. Muchos llegaban por primera vez.

Sentía una gran necesidad de comunicarme con algunos amigos en el extranjero. Esto, telefónicamente, resultaba imposible y no tenía tiempo para escribir cartas. José Luis, mi compañero, recibió varias llamadas de radio-aficionados de Sudamérica, en donde él vivió por una larga temporada. Todos querían saber si estábamos vivos. Imaginaba la angustia de los parientes y amigos en el extranjero y tenía gran dificultad para jerarquizar las cosas: todo era urgente, necesitaba mucho a mi familia; pero también, debía realizar otras actividades extraordinarias.

Tenía deseos de pensar en lo que había estado haciendo o incluso escribir sobre los grupos de emergencia o leer sobre experiencias parecidas. Encontre un libro de Dalmiro M. Bustos que me resultó muy interesante (1), en él el autor explica cómo ante una situación igualmente crítica, fue recorriendo, más o menos, los mismos pasos que yo había vivido: primero, la negación; segundo, la reacción personal y posteriormente, el modo de instrumentar el manejo de grupo.

Lo único que pude definir claramente, es que resultaba imposible etiquetar el trabajo que realicé en los grupos. Era imposible marcar la diferencia entre lo terapéutico y lo didáctico como dijo Fichón Riviere: eran grupos que tenían que ver con ventilación, contención, supervisión, formación, información, deformación y generalmente predominaba la transmisión del sentido común.

Hubo algo que me gustó mucho en las primeras semanas, fue el resurgimiento de la actividad desinteresada y compartida, de casi todos los socios de AMPAG. Cada vez que estuve ahí, vi un gran vigor, gran demanda de la comunidad a la que ahora sí, podíamos responder grupal o colectivamente. Había muchos grupos de emergencia; grupos que daban formación; equipos de terapeutas, que asistían a los albergues a dar asesorías. Otra cosa también sorprendente fue observar las relaciones interinstitucionales, personales y colectivas que pudimos tener con las distintas asociaciones psicoanalíticas. En la AMPAG, tuvimos una reunión con otras seis asociaciones para compartir las experiencias frente a la emergencia y fue, por supuesto, una junta muy rica y reconfortante.

8. Grupo Mamut de la Unicef

*Viernes 18 de octubre.*⁶ José Luis González, Jorge Margolis y yo iniciamos el trabajo de formación de "promotores de salud mental", patrocinados por la UNICEF. Nos comprometimos a preparar hasta 100 personas que pudieran coordinar grupos amplios, en diferentes situaciones de emergencia.

Por una parte, sentía algo así como que traicionaba mi propia formación en AMPAG -donde hay que estudiar cuatro años seguidos después del doctorado de psicología para ser psicoterapeuta de grupo- y de pronto me veía tratando de implementar con mis coterapeutas una enseñanza vivida, práctica, teórica y técnica con personas a quienes no les pedimos el requisito de una formación previa. Vendría gente que tuviera ganas de implementar su solidaridad y ayuda a los grupos de damnificados. Pensaba también, que estas personas trabajaban ya con grupos, pero sin ninguna situación continente que pudiera aliviarlos en una tarea, a veces tan frustrante y pesada, y que ahora comenzaba a complicarse con luchas de poder: situaciones institucionales; derechos, creados más allá de las posibilidades reales de la gente, etc.

⁶ La experiencia total, que duró cuatro meses está debidamente relatada, evaluada e interpretada en el libro de la UNICEF.

Jorge, José Luis y yo teníamos miedo, por lo que frentarnos a un grupo de extraños. Así fue como ll la casa-hogar para niñas. El grupo estaba compuesto personas y se suscitaron situaciones complejas, cc cional de cada uno; las diversas expectativas individu podía o no ofrecer; las tareas que ya venían r voluntarios.

Ese día el grupo se podía dividir en dos: los que querían ayudar o hacer algo, pero no sabían qué ni cómo hacerlo y los que tenían casi un mes trabajando, y estaban agotados, por lo que se sentían incapaces e impotentes. Trabajamos hasta muy tarde. Al salir José Luis y yo fuimos a cenar y le dije: Vamos a un lugar, que es muy céntrico, a ver si encontramos a alguien...

Tenia una enorme necesidad de ver alguna cara conocida ("alguien que hubiera visto antes del temblor," algún colega con el que pudiera compartir lo que vivíamos en esos días). Pensé en mis dos ex-analistas y hablé por teléfono a sus respectivas casas. Ninguno estaba.

Hablamos ampliamente para tratar de elaborar el cúmulo de experiencias que acabábamos de tener con los estudiantes promotores de salud mental.

Sábado 19 de octubre. Tuvimos la gran sesión del *grupo mamut*, que fue vivencial, porque convivimos y pasamos el día entero con los promotores. Hubo gente que no había asistido el día anterior y subdividimos el grupo en tres. Cada uno lo manejó un coordinador espontáneo (que había tenido ya su primera lección, el día anterior) y nosotros, los coordinadores, observábamos los distintos grupos. Los coordinadores voluntarios en un *role-playing* hacían las funciones de promotores de salud mental y preguntaban para iniciar la experiencia: ¿Cómo les fue en el temblor?

Después, hicimos un largo análisis de cada uno de los tres subgrupos, de los diferentes estilos de coordinación; hablamos acerca de los líderes; del encuadre; de la frustración; de la demanda; de la salud mental; y de la coterapia.

9. Los brigadistas del CREA¹

Sábado 23 de noviembre. Este grupo fue patrocinado por la UNICEF y coordinado por José Luis González y yo. En él, pretendimos dar ayuda psicológica durante doce horas continuas. A las 9 a.m. lle-

¹ Desarrollo Integral de la Familia.

² Consejo Nacional de Recursos para Atención a la Juventud.

gamos a CREA. Insurgentes. La primera sensación contratransferencial fue de decepción y decaimiento, nadie sabía que íbamos a ir y nada parecía estar preparado. El trabajo se realizaría en la casa de visitas, y estaba cerrada. Adentro había dos muchachos dormidos, que tampoco tenían noticia de nuestro trabajo.

Entramos a una espaciosa sala con televisión, mesas y sillas. Cerca de las 10 horas, enojados y desesperados, acordamos que si no llegaba nadie a las 10:30 nos iríamos al cine... Finalmente, a las 10:15, apareció el primer grupo de jóvenes. Uno de ellos se adelantó para decirnos que venían preocupados porque habían creído que un camión del CREA pasaría por ellos y como no les cumplieron tuvieron que tomar un autobús público. Otros, estaban incomunicados y en ese momento les hablarían para darles las señas...

Frente al grupo, muy pronto nos sentimos relajados y con ganas de trabajar. Pedimos que nos dijeran su nombre, edad, ocupación, procedencia. Inmediatamente, todos empezaron a hablar de la situación que los había unido, es decir, la situación personal frente al temblor. Dijeron cuándo y cómo se habían integrado al trabajo, y cómo fueron organizados por el CREA. El grupo estaba formado por 19 hombres y 6 mujeres y las colonias de su procedencia, son de escasos recursos económicos. La primera persona que contó algo emotivo fue Gloria (1),⁹ una joven de 18 años, estudiante, cuyo primo y tío murieron en el temblor. La madre de Gloria trabaja en un hospital y al principio, recomendó a sus hijos que se fueran a trabajar para ayudar, después ella misma les dijo que no toleraba su ausencia y les pidió que se quedaran en la casa por cuatro o cinco días, por lo que Gloria y su hermana de 17 años se integraron al CREA 5 días después. Gloria tuvo un tic nervioso en un ojo, insomnio y regresión. Después del temblor, varios miembros de su familia se negaban a permanecer solos en cualquier lugar. Lloraba y decía cuánto había necesitado el contacto físico de alguien, especialmente de su mamá, en esos primeros días. Gloria es hermana gemela idéntica de otra chica que no está en esta brigada.

Habló Carlos, el líder oficial de este grupo, es cirujano dentista, le falta sólo el servicio social, viene de Veracruz y la misma mañana del temblor a las 8:00 a.m., se dirigió al centro de la ciudad en autobús y se le ocurrió bajarse por el monumento a la Revolución, para ver si un amigo suyo que vivía por allí estaba bien. Encontró a la madre del amigo, el edificio donde vivían semiderruido y un incendio en el

⁹ Los nombres están cambiados en este relato.

Hotel Principado. Enseguida se puso a trabajar ahí mismo. Desde las 9 de la mañana ayudó a rescatar 6 personas vivas y cinco muertas. Hacia las 6 de la tarde hubo un incendio en esa misma manzana donde había muchos tanques de gas estacionarios, no había bomberos y entre todos, a cubetadas, apagaron el fuego.

Manuel, auxiliar de contabilidad, dice que el día 21 empezó a trabajar con unos alpinistas, vio varios cadáveres en el Multifamiliar Jalapa y como tuvo cuatro días libres en su trabajo, directamente se puso al servicio del CREA. En el Hospital Juárez vio un muerto en estado avanzado de descomposición, y con una mueca de terror. Después, aunque vio muchos otros muertos, la cara destrozada del primero se le ha *aparecido* a menudo. Relataba sueños de temblores en donde él buscaba a sus familiares que habían quedado sepultados, y esto se había repetido varias veces.

La noche que vio al muerto en el Hospital Juárez, cuando estaba dormido, en su casa tocaron a la puerta a la 1 a.m., y su madre lo despertó para que él mismo viera quién era. Manuel se acercó a la puerta y nadie contestó. Poco después, volvieron a tocar y otra vez nadie respondió. Más tarde, le pareció ver un bulto blanco, como de alguien que dormía en la banqueta. Muy asustado, regresó a su cama.¹⁰

Juan Alberto, de 17 años, estuvo desde el jueves 19 preparando bolsas de sangre en el Centro Médico y por la tarde en la Col. Guerrero. En un lugar solitario donde casi no había auxilio, escuchó los gritos de una niña. Llegaron los bomberos y él ayudó a rescatar viva a la niña de siete años y unos metros adelante, encontraron a la madre muerta. Juan Alberto perdió la noción del tiempo, estaba exhausto, se tiró a dormir sobre una banca en un parque y hacia las 11 a.m. del día siguiente, fue a la casa de su abuelo. Estuvo un rato con la familia, se reportó con la madre y en el segundo temblor, se encontraba en la calle donde una desconocida que esperaba un taxi colectivo lo abrazó atemorizada. Ese día ya no pudo trabajar más, pero el sábado hizo dos turnos de 4 horas en Tlatelolco, paleando los escombros, y rescató un cadáver masculino. A partir de entonces, dice sentir más aprecio por la vida. Reconoce, que de lo poco que tenemos, podemos dar mucho.

Valentín, de 18 años, dice que el día del temblor hizo una caminata por el centro de la ciudad, a oscuras, y el viernes fue al CREA y empezó a repartir víveres. Luego trabajó en los escombros y subraya las órdenes y contraórdenes dadas por la policía: "Abran esta calle, acor-

¹⁰ Este detalle cobraría gran importancia para mí, horas después

dónenla". "¿Quién dijo que abran?" "¿Quién dijo que cierren?" Trabajó hasta el miércoles siguiente y ya no aguantaba pero también estaba imposibilitado para retirarse a descansar: su cabeza estaba confusa.

Los relatos continúan más o menos así, después comienzan las críticas y las evaluaciones del Gobierno; las contradicciones oficiales; el juego de valores; el análisis de la información y a censurar los videos en los que aparecen los soldados trabajando, aunque todos los presentes siempre los vieron al pie de los escombros, con la bayoneta pero nunca con un pico o una pala.¹¹

Raúl, de 24 años, al principio, cuando ingresó al CREA estuvo repartiendo ropa y comida. En la Secretaría del Trabajo, ayudó con 7 de los presentes y los voluntarios de la Marina a rescatar 9 hombres y mujeres que estaban abrazados entre sí. Los que estuvieron ahí intervienen y cuentan algo que extraña: dan un valor especial al hecho de tomar un cadáver, sin que alguien lo haya tocado antes, y todos la describen como una experiencia muy distinta, más "gruesa" que las otras y en las que habían cargado cadáveres o pedazos de humanos, pero que ya habían sido tocados. Ésta es la experiencia más dolorosa, porque tienen que tocar, antes que nadie a los muertos.¹²

Después platicaban de una obra de teatro que montaron y que han representado cinco veces. La primera representación se dio en un albergue de ancianos enfermos en donde, a partir del temblor, hay también niños y mujeres, pero no les permiten mezclarse con los viejos ni hablar con ellos. Tuvieron que dar dos representaciones: una para los viejos, siempre marginados y otra para los damnificados.

Regresan enseguida a la sensación de tocar los cadáveres, no obstante que usaban guantes, la ropa y la carne de los muertos parecían de la misma materia acartonada... A la una de la tarde alguien dice: "Estamos hablando de los hombres, ¿y las mujeres que?" Hacen un espacio para analizar las actitudes y las actividades de las seis brigadistas; y luego discuten entre los dos líderes, uno defiende y otro ataca, hay envidia por la capacidad creativa. Embarazo o vida vs muerte. (Una de las brigadistas presentes está embarazada de cinco meses.)

Hablan de lo que esperaban de nuestro encuentro. Algunos pensaban que les mostraríamos algunas víctimas de la catástrofe y que a través de ellas aprenderían los métodos. Otros creían que impartiríamos una clase de psicología para situaciones de emergencia y traían sus cua-

¹¹ Los aspectos psicoanalíticos y sociales, se trabajaron paralelamente

¹² Aluden al tabú de tocar a los muertos, que existe y existió en diversas culturas y distintos lugares de la tierra.

ernos para tomar apuntes. En ese momento llegan cinco personas más y de pronto, como si no entendieran o no quisieran entender, qué está pasando, se hace un subgrupo en el porche de la casa. Saigo unas elias para invitarlos a entrar, pero mi propuesta no tiene éxito y hay dos grupos simultáneamente.

Este día hay tres personas nuevas que quieren entrar a la brigada y antes deberán pasar por el rito de iniciación que consta de dos partes: primero le harán el "sandwich" (ponen al novato en el suelo, boca abajo y todos los del mismo sexo, se acuestan encima de éste para que el atrapado salga como pueda), después hay que pararse frente al grupo y contar la canción "Los tres cochinitos" al ritmo de rock, blues, tango, etc.

En el subgrupo de afuera relatan la obra de teatro que montó Juan Felipe y dicen que es una crítica al despotismo de las dependencias del Gobierno y se llama "Un día en la Central Camionera". Cuando la representaron en el asilo de ancianos era tan deprimente que se hubieran ido corriendo, pero se quedaron cuando su líder les dijo: "Con uno que se ría ya hicimos una buena labor". Después de la comida, iniciamos el trabajo. Ponemos música barroca y les pedimos que circulen por el cuarto sin hablar, simplemente mirándose. Poco después, les explicamos que podían utilizar los hombros para relacionarse con los demás. Luego les dijimos que caminaran con los ojos cerrados, que registraran lo que iban sintiendo, que eligieran con quién o quienes querían estar, y si estaban seguros de su elección se detuvieran para formar varios subgrupos. Curiosamente, esta consigna fue mal interpretada y todos creyeron que se trataba de formar parejas. Hablamos de las formaciones que habían hecho, del tipo de miradas que distinguían a las personas, de la sensación al tener que elegir o ser elegido, y de la cercanía. Esta fue una experiencia que resultó muy relajante. Especialmente en este grupo -al tener características de adolescentes- se produce lo que Jorge Margolis llama la erotización en la tarea, por lo que en estos dos meses se han formado, entre ellos, varias parejas. De pronto aparece una situación difícil: dos personas están desilusionadas y casi proponen una desbandada colectiva. "Esto no tiene sentido, estamos perdiendo el tiempo"¹³ dicen: Varios defienden la tarea de seguir juntos, conociéndonos y cuestionándonos. Surgen dos interpretaciones: Tienen miedo de que aquí ocurra algo catastrófico y destruya al grupo; también temen la cercanía y el calor que se va sintiendo. Explica-

13 Supuesto Básico de Bion: Ataque y fuga

mos que aparte del afecto que se tienen, seguramente también hay broncas, conscientemente e inconscientemente, que es importante manejar, y hacemos el ejercicio de "la silla caliente":

Se forma una rueda y al frente está una silla en la que una por una deberá sentarse de espaldas para escuchar lo que todos tengan que decirle, sea positivo o negativo, y se trata de ser honestos y el que escucha no podrá responder nada.

El primero que pasa es Roberto, un retrasado mental que cursó hasta 6o. de primaria y es miope. Curiosamente el grupo lo ha podido contener estos meses. Nadie lo molesta y le tienen cierto afecto. Le dicen que lo admiran "a pesar de su condición" pero a veces se aprovecha de la misma y se sienta a llorar. Es chismoso como un niño. El grupo insiste en que no lo van a proteger pero sí a apoyar; si se pierde, tendrá que bastarse por sí mismo.

Aproximadamente a las 5 p.m. ocurre algo importante. Hasta ese momento, cuando José Luis o yo hablábamos, cualquiera podía interrumpir, a veces lo que decíamos no lo consideraban muy importante. Pero ahora por primera vez, el grupo pide silencio para que ahondemos en alguna explicación y cada uno insiste en que nosotros hagamos el resumen o la interpretación de lo que se dijo al estar de espaldas.

Después pasa Gloria, a quien se califica como *la ternura del grupo*. Es sensible y sentimental, aunque a veces se involucra demasiado en los problemas ajenos.

Luego se produce un extenso intercambio de ideas acerca de los ideales; del futuro; de cómo podrían mantener la solidaridad del grupo; cómo podrían ayudar aunque no haya otro temblor, etc.

Cuando tienen que hablar de Carlos, el líder formal, toman mucho tiempo: gritan, discuten, bailan, se mueven, se avientan y señalamos que parece que no quieren "entrarle al toro" para no discutir el liderazgo y la personalidad de Carlos. Finalmente, el grupo lo toma como objeto central, dicen que tiene carisma; que los atrae, que es frío y directo; que tiene dificultad para compartir cosas personales, que es buen jefe, que los escucha, que los atiende a todos, etc. Enseguida hubo una profunda discusión acerca del futuro de la brigada: ¿Cómo podrían funcionar y sobrevivir *a posteriori*, aun en el caso de que Carlos se fuera a la provincia? Hicieron un listado de las actividades a las que podrían dedicarse, por ejemplo en los albergues y en los manicomios.

Carlos insiste en que es importante capitalizar, de alguna manera; la toma de conciencia individual de él mismo y el conocimiento que de los demás están adquiriendo hoy. El grupo aplaude feliz.¹⁴

¹⁴ Trabajamos las transferencias laterales, con la institución y con ambos grupos.

Habíamos sobre la vida de los grupos y José Luis insiste en que si bien, lo que acababan de decir, podría ser cierto, también es una gran fantasía. Les dice que posiblemente, en poco tiempo, el CREFA no quiera saber mucho de ellos y que si no consiguen tener una cierta autonomía e identidad por sí mismos, no podrán continuar y menos dentro de unos años, cuando empiecen a ocuparse de su propia sobrevivencia, entonces todo será más complicado. Hablan de la posibilidad de reemplazar a Carlos cuando se vaya. Queda claro que Carlos es inteligente y emotivo y cuando se trata de organizar, pensar o trabajar, también lo hace bien, como se vio en su relato de la mañana, aun antes de enrolarse a ningún organismo, él metió las manos, se ocupó de los demás y se la jugó en serio.

Les propusimos que dramatizaran en una reunión que ocurriera dentro de cinco años. Salieron del cuarto, tenían que imaginarse que habían pasado cinco años y que regresaban a esta misma habitación.

Llegan poco a poco, todos son cinco años mayores, es un encuentro afectuoso. Hablan de lo que han realizado y se nota que durante esos cinco años no ocurrió nada entre ellos. Algunos tienen dificultad para reconocerse. Platican acerca de sus carreras, de que son independientes económicamente, preguntan si se han casado o han tenido hijos.

De pronto hablan del "sandwich" y de "los tres cochinitos" y todos sienten euforia y cantan en 7 ritmos distintos y para recordar lo que pasó hace 5 años hacen un sketch de la obra "Un día en la Central Camionera". Dos personas retoman el personaje que tuvieron en aquel momento y representan un fragmento de la obra. Bailan y están felices. Interrumpimos la escena (como a las 9 p.m.). Primero hicimos un análisis de lo que acababan de dramatizar y que posiblemente llegará a ocurrir en su grupo. Se irán dispersando poco a poco y cada uno tratará individualmente de resolver su futuro profesional y existencial, con o sin pareja.

Explicamos brevemente lo que es la psicoterapia, por qué podría ser útil para muchos de ellos, damos el teléfono de AMPAG, les decimos que cualquiera puede solicitar los servicios psicológicos, especialmente ellos que han trabajado en la primera línea y como despedida les decimos que cada uno tome treinta segundos para decidir algo que resumiera la experiencia de ese día.

La mayoría la calificó como positiva y maravillosa. Creen que fue un enorme aprendizaje respecto a cada uno, al grupo en sí, respecto a las diferentes tareas, y a la conciencia social que han cobrado en estas últimas semanas, por las experiencias dolorosas y masivas que han vivido y las actividades que tuvieron frente al sismo.

Después pidieron que nosotros los coordinadores fuéramos las víctimas del *rito del sandwich*. Así que nos pasaron al centro, todos se colocarían encima de nosotros, ante nuestro asombro. Tal vez, pensaron que sería demasiado brusco y simplemente nos pasaron al centro, se abrazaron en una rueda, nos empezaron a echar porras y hurras, gritando: ¡"Ustedes, ustedes, ra, ra, ra"! Para terminar dijeron que esta jornada era lo mejor que les había dado el CREA y que pensaban que a partir del conocimiento que tenían del grupo y de cada uno, iban a poder sobrevivir como grupo y que podrían tener actuaciones sociales posteriormente.

Para que a las 5 de la tarde, el grupo nos aceptara como coordinadores y tomara nuestras palabras como valiosas, fue necesario pasar por una serie de señalamientos e interpretaciones acerca de la resistencia; de cómo el grupo estaba en el fondo, dividido en varios subgrupos; señalar las tensiones que había entre el líder oficial y otros dos líderes que consciente o inconscientemente pugnaban por apoderarse del liderazgo y uno de ellos acabó por aceptar que Carlos era un buen líder y se ofreció como su *mano derecha*, para ayudarlo en lo que fuera necesario. El otro líder agresivo y en pugna, es el director de teatro. Al mostrar esta lucha inconsciente entre los líderes y al traerlo a la situación de *aquí y ahora* con nosotros, la tensión inconsciente cesó y el grupo empezó a reunirse como grupo de trabajo. Otra cosa que resultó muy útil fue haber respetado la subdivisión del grupo mayor poco antes de la comida, que por cierto tuvo lugar en el comedor, con los damnificados.

Finalmente, parece que la experiencia se llevó a cabo con mucho éxito y que estos jóvenes, inteligentes, capaces, *entrones* y que habían estado sacrificando días de su vida para dedicarse al rescate, es un grupo verdaderamente de lo mejor que se puede pedir en cuanto a ideales, solidaridad, interés trabajo y vitalidad. Es una pena que personas como ellos pasen después inadvertidos y otras figuras políticas tomen el lugar de los héroes.

En los últimos minutos trataron de que aceptáramos acompañarlos a dar las mañanitas a una quinceañera; a un día de campo; a un campamento o a repetir otra experiencia similar posteriormente. Nos querían llevar con ellos y estuvieron a punto de nombrarnos padrinos de su brigada. Ante la dificultad de elaborar el duelo porque el proyecto grupal termina y cada uno regresa a su soledad, utilizan toda la clase de mecanismos para tratar de impedir la dispersión grupal que se avecina.

Respecto a los rituales de iniciación de esta brigada, podemos decir que en el cuento "Los tres cochinitos" hay un elemento feroz que es el lobo, que simboliza lo terrorífico que resultó el temblor. En la canción de "Los cochinitos", en la cama, todos juntos y en pijama, se refiere a nosotros pequeños, necesitando y pidiendo la protección de una madre que nos arroje y aliente como fue el primer relato de la mañana, cuando Gloria dijo: "Yo me sentía como una niña, quería estar pegada a mamá, no me atrevía a estar sola, ¡la necesitaba tanto! y pedía: "Mamá, que ya no tiemble", como si en esa regresión hubiera creído que la madre podía realmente impedir los temblores.

En cuanto al *sandwich*, es evidentemente una representación del poder desatraparse, salir de los escombros, simulados por los miembros antiguos del grupo...

Esa noche desperté al oír una leve campanada y aviso a Jose Luis, muy espantada, al darme cuenta que es la 1 a.m. Se escuchaba un leve tintineo y le digo: "Parece que es un niño tocando con dificultad" (no era la campanada habitual de nuestra puerta). José Luis va a la puerta principal y regresa diciendo que no hay nadie, en esos segundos yo había escuchado nuevamente el sonido que provenía directamente del jardín y recordé que días antes habíamos puesto unas pequeñas campanas en un árbol, para que sonaran cuando hubiera viento... Me parecía el colmo que el fantasma que vio uno de los brigadistas a la una de la mañana en la puerta de su casa, hoy viniera a la misma hora ¡¡a la nuestra!!

10. Encuadre

En la mayoría de los grupos con los que trabajé había dos características que dificultaban la tarea: primero, la demanda de la intervención psicológica venía sólo de una parte minoritaria del grupo y segundo, generalmente los integrantes del grupo venían por intereses muy diversos y alejados de nuestras posibilidades y capacidades. Por ello, el trabajo consistía, en unificar y aclarar las expectativas de lo que cada reunión podía o no ofrecerles, tratando de crear un ambiente psicológico grupal.

El número de participantes fluctúa entre 18 a 190 personas. Por supuesto en ningún grupo hubo selección de los integrantes. El lugar de trabajo no fue ideal y el tiempo y el número de sesiones fue generalmente escaso, y a menudo me quedé con la sensación de que se podría haber trabajado más profundamente si hubiéramos tenido más tiempo para la sesión y varios encuentros posteriores.

Los grupos que tuvieron más de una sesión fueron abiertos y se incluían personas diferentes de una sesión a otra. Resumiendo, diría que el encuadre estaba casi dado por la institución que hacía la demanda y todos los grupos tuvieron duración limitada y objetivos específicos.

La coordinación de cada grupo, de preferencia, la compartí con algún colega o con cualquiera de los integrantes que fuera líder transitorio y que desplegara sus cualidades de colaboración mientras yo lo consideraba pertinente.

En todos los grupos con que trabajé vimos múltiples reacciones *psicosomáticas*.

Generalmente, el trabajo permitió o facilitó la formación de subgrupos que aparecieron en la sesión o *a posteriori*. Los integrantes de los grupos no pagaron por el servicio recibido. En muchas de las aperturas encontré que una manera de *romper el hielo* era empezar a compartir con ellos mis experiencias personales frente al sismo, con lo que transgredí la ley psicoanalítica de la abstinencia.

En general, el material utilizado en los grupos se refería a los primeros días, casi todo estuvo centrado en el temblor y sus consecuencias. Sin embargo, hubo grupos con los que trabajé proyectos para el futuro.

Viernes 20 de diciembre. ¡Salgo volada de vacaciones!